

FER PAÍS: NACIONALISMO CULTURAL Y POLÍTICO **(CATALUÑA, SXX-XXI)***

Pablo Giori
Universitat de Girona

Introducción

“Lo que necesitaba Catalunya era, en cierto sentido, volver a empezar...”.

Pujol, 2010, 112

La idea de *fer país* fue una de las claves del pujolismo, del gobierno democrático que nadie esperaba y que duró 23 años. Clave para bien y para mal, *fer país* era uno de los objetivos del nacionalismo moderado: hacer de Cataluña un pequeño “país” (lo que no significaba, en ningún caso, hacer un país independiente). Al ganar Jordi Pujol y *Convergència i Unió* las primeras elecciones democráticas en 1980 no se sabía qué sería Cataluña sino únicamente lo que había sido: cuatro provincias, una *Mancomunitat*, una región. Luego, y con el pujolismo, comenzó a ser una Comunidad Autónoma y, poco a poco, una nación (experimentada como tal, pero sin valor jurídico). En este sentido, *fer país*, que podríamos asimilar al amplio concepto de nation-building y de state-building, era un proceso estratégico y etapista de largo alcance, general, sin prisas pero sin pausas. Herramienta primera del nacionalismo catalán sin Estado, en pugna con el Estado español y con sus nacionalismos, que buscaba descentralizarlo para obtener mayores competencias. Este nacionalismo culturalista y políticamente autonomista (Lo Cascio, 2008, 15), buscaba crear sus instituciones para reproducirse, para potenciarse (no para poder sobrevivir, como algunos sostienen). Aún no sonaba el canto del Estado propio, de las estructuras de estado, de la independencia...

El catalanismo, y las disputas con los otros proyectos nacionalizadores, ha recorrido gran parte del siglo XIX y XX: la *Renaixença*, la *Lliga regionalista*, la *Mancomunitat*, la República catalana, el catalanismo antifranquista, el *fer país* del pujolismo (como la etapa democrática del catalanismo moderno) y la construcción del Estado propio, luego de 2010. Es por esta razón que tenemos que pensar este periodo como un conjunto, porque el proyecto catalanista tiene etapas diferentes y diferenciadas

pero se construye también sobre una serie de continuidades. Es por esta razón, y por los vaivenes políticos y dictatoriales, que su largo camino ha sido vehiculado por gobiernos (la Liga, la Mancomunitat, la Segunda República, la Generalitat democrática) y por entidades de la sociedad civil organizada, tanto en el plano político como cultural (la Renaixença, Omniun Cultural, Asamblea Nacional Catalana, etc.). Como dijo Jordi Pujol, las instituciones políticas de los gobiernos son limitadas, para reconstruir el país hay que colaborar con la sociedad civil, con ciertos sectores aunque sea, hay que buscar cómplices, colaboradores (Pujol, 2012, 112). Por eso, es fundamental hablar de nacionalización desde arriba y desde abajo, completar la historia del Estado y de las instituciones sub-estatales, en ocasiones en contradicción, con aquella de la sociedad civil y su entramado de prácticas culturales de nacionalización para poder entender el poder, los límites y las alianzas entre ambos mecanismos (Quiroga y Archilés, 2013, 41).

El nacionalismo cultural y político, el nacionalismo como experiencia y como proyecto, el papel de la sociedad civil, de las instituciones y los largos recorridos de ciertas prácticas culturales significativas son el tema de mi investigación doctoral, del que este artículo forma parte. Para analizar estos temas desarrollaremos el estado de la cuestión, unas reflexiones teóricas y reposicionaremos el papel de la sociedad civil y de la cultura popular para luego poder exponer mi proyecto doctoral sobre el largo recorrido del catalanismo durante el siglo XX.

Reflexiones teóricas iniciales

“No obstante el giro cultural (*cultural turn*) de la década de 1990 en la mayoría de las ciencias sociales, el papel de la cultura en la construcción del Estado sigue siendo un tema poco investigado”.

Conversi, 2012, 440

Me gustaría retomar una serie de aportes actuales para luego comentarlos, como una forma de iniciar el diálogo. Si bien hay una bibliografía extensa, trabajamos aquí el debate general realizado en los últimos años en tres revistas: *Ayer*, *Historia Contemporánea* y *Segle XX*. Esta última revista en su número 4 de 2011 propone un debate sobre los procesos de nacionalización en España, con textos de Fernando Molina y Miguel Cabo, Alejandro Quiroga, entre otros. Posteriormente, la revista *Historia*

Contemporánea número 45 de 2012 trabaja la relación entre nacionalismo y homogeneización, con la intención de agrupar una serie de estudios que convergen en una nueva perspectiva. Los textos más importantes son los de Daniele Conversi, Ferrán Archilés y Marta García Carrión. Por último, en 2013 la revista *Ayer*, número 90, publica un volumen dedicado a la nacionalización en España, con textos de Alejandro Quiroga, Ferrán Archilés y Fernando Molina Aparicio, entre otros. De este debate extenso en temas y propuestas, con puntos de contacto y de contradicción, queda clara una idea: existe una insatisfacción sobre la forma en que se ha trabajado el tema y hay que buscar soluciones. Yo creo que para superar estos problemas hay que superar el paradigma historiográfico tradicional y recuperar las propuestas de otras ciencias sociales (y este artículo es un esfuerzo en esa dirección). Así es que considero que deberíamos hacer menos historia y más sociología y antropología, entrar en la interpretación, pensar de forma relacional y en periodos extensos.

Si volvemos un poco hacia atrás y comentamos un texto fundamental de Ferrán Archilés (2007) creo que podremos aclarar este punto. El texto ubicado dentro de un libro compilatorio se llama “¿Experiencias de nación? Nacionalización e identidades en la España restauracionista” y, además de hablar de este periodo concreto, hace un resumen de la situación de la investigación en el tema. El desarrollo es muy interesante ya que propone no solo pensar la propuesta del Estado, de arriba-abajo, sino también la interiorización de la identidad nacional sobre la base de ciertas prácticas culturales: la creación de una literatura nacional, cultura de masas, cine nacional, los toros como fiesta nacional, la zarzuela y los símbolos de la nación (bandera, nombre de calles, esculturas, estatuas, festejos, sistema monetario unificado, etc.). Aquí el concepto central sigue siendo el de interiorización, de afuera hacia dentro, pero no el de coproducción o resistencia, el papel activo del sujeto y de la sociedad civil, aquel que hace cotidiana a la nación por voluntad o necesidad y no por imposición. Esta perspectiva sigue sosteniendo la débil nacionalización, si hubiese sido más fuerte hubiese sido más efectiva; en cambio nosotros creemos que el papel del Estado es mucho menor del aquí planteado y mucho mayor el de la sociedad civil. Ésta es una esfera que suele descuidarse y que consideramos fundamental para dar sustento, o contradecir, la tarea del Estado. Si lo ponemos en perspectiva catalana, se aclara: el nacionalismo catalán, más allá de ciertos periodos históricos concretos, se ha potenciado por una red de asociaciones culturales, políticas y económicas de la sociedad civil, en ocasiones distantes del poder institucional regional o nacional (Termes, 1999, 234).

Creemos que es la sociedad civil quien tiene el poder real de bajar el discurso nacional al orden local y de darle sentido; el Estado no puede actuar solo en la tarea maratónica de la nacionalización, necesita de una serie de otras instituciones que ayudan a crear, o a negar, la cotidianeidad del discurso nacional y que lo reproduce, lo adapta, lo oculta, lo pone en todas las cosas, lo hace necesario (Conversi, 2012, 437).

Podríamos decir que el Estado impone el curriculum nacional, pero que es finalmente la maestra (en su vida cotidiana y con su participación social) quien lo propone como algo natural, quien le da el tono de cosa valiosa. Pero no solo la escuela sino toda una serie de grupos e instituciones en las que se encuentran cotidianamente las personas y que pueden apoyar o discutir ese discurso oficial de la nación. Para que no haya fisuras y se crea en algo, tiene que sostenerse en todo lo que somos, en nuestra cotidianeidad, en los medios de comunicación, en las iglesias, en las canchas de fútbol, en las escuelas, así como también en los teatros, en las colas del supermercado y en la de los cajeros automáticos.

Creemos así que las limitaciones de pensar de forma paradigmática dentro de la historiografía es lo no nos permite: 1) pensar de forma relacional toda la trayectoria del siglo XX; 2) pensar al sujeto nacional dentro de otros grupos y de otras instituciones, la sociedad civil, que son las que finalmente permiten la creación de la nación como una realidad cotidiana, más allá de las propuestas del Estado; y 3) romper con el racionalismo y el positivismo, hay datos no documentados que son fundamentales, lo que la gente hace, siente y experimenta. Para esto tenemos que redefinir también el concepto de cultura que trabajamos porque si seguimos pensando la cultura desde una perspectiva racional y como producto, no como un proceso en el que los sujetos están interactuando, terminaremos estudiando el cine, los intelectuales y los libros, y no lo que la gente hace, piensa y siente. Si seguimos estudiando el discurso y las instituciones tendremos problemas para estudiar el tema de la nacionalización porque nunca lograremos llegar al tema central: cómo esos discursos e instituciones se hacen cuerpo para que los sujetos dejen de ser sujetos y pasen a ser ciudadanos nacionales, parodiando a Weber (1976).

En mis investigaciones sobre el caso catalán he intentado aplicar esta propuesta, porque para un amplio sector de la sociedad catalana, y no estamos hablando aquí de los catalanistas (Guibernau, 2004 y Lo Cascio, 2008), participar de actividades culturales como los *castells*, las sardanas, el excursionismo, hablar catalán, comer *pa amb tomàquet*, etc., son formas de hacer nación (Marfany, 1996). Que el nacionalismo apoye

la difusión de estas prácticas culturales es una forma de generar las condiciones de posibilidad para su propia reproducción; la cercanía existente entre las formas de hacer, sentir y pensar la nación que reproducen estas prácticas son muy similares a las que proponen el nacionalismo, lo que no quiere decir que haya una relación directa entre las prácticas culturales y políticas, sino una indirecta. Sobre esta base decimos que una de las cosas que están faltando para entender la nación es no solamente entender su cultura, sino sus prácticas culturales y las experiencias de nación que generan. Por eso decimos que el franquismo no puede entenderse sin la historia de la tauromaquia, el catalanismo antifranquista sin las sardanas y la Cataluña democrática sin sus *castells* (Giori, 2012, 18).

Diálogo continuo: nacionalismo cultural y político

“El ocio, el deporte, el asociacionismo y la cultura popular han sido canales que también han puesto al individuo en contacto con la nación”.

Quiroga y Archilés, 2013, 41

Para estudiar el nacionalismo cultural y político primero tenemos que entender que ambos difieren en sus estrategias y en sus tiempos: uno es lento pero constante y profundo, el otro es acelerado, abrupto y superficial. Aunque tengan diferentes tiempos, modos y objetivos, ambos pueden colaborar y deben hacerlo para ser efectivos, creando sinergias y diálogos. Podemos decir entonces que el nacionalismo cultural puede trabajar más fácilmente con los aspectos emocionales y con la sociedad civil, mientras que el nacionalismo político lo hace con los aspectos racionales y con las instituciones gubernamentales. Esta división, obviamente esquemática y válida únicamente con fines analíticos, demuestra las limitaciones de un modelo de nacionalización política que no tenga en cuenta los aspectos culturales. Y ésta fue una de las principales limitaciones en ciertos territorios del proyecto de la España de Franco, una excesiva institucionalización y una confianza ciega en la habilidad del Estado para cambiar la vida cotidiana (Kymlicka, 2003, 256).

Por otro lado, cuando se vive en un contexto de lucha entre proyectos nacionales, como es el caso español y catalán durante la mayor parte del siglo XX, se entiende que en realidad, la socialización es también una forma de nacionalización.

Cuando hay dos culturas nacionales, la cultura en que nos socializamos (y no hablamos aquí únicamente de la escuela) es aquella que determinará nuestra pertenencia nacional. La construcción de lo que somos dentro de una cultura particular marca la manera en que pensamos, lo que hacemos y nuestra experiencia del mundo; nos crea un horizonte de perspectivas y de expectativas, nos da una historia nacional, un territorio y un grupo de pertenencia. Al mismo tiempo, ésta configura los lugares, los tiempos y las formas en que hacemos las cosas y en los que nos sentimos cómodos en nuestra cotidianeidad. Cuando hablamos de socialización, hablamos tanto de la primaria, aquella propia de la familia y de nuestro contexto socio-cultural de nacimiento, como también de la secundaria, aquella que desarrollamos durante nuestra vida y que crea y sostiene los grupos y las relaciones que nos van marcando en nuestra forma de sentir, actuar y pensar. Cambiamos constantemente nuestra manera de vivir el mundo pero de una forma tan lenta que no nos damos cuenta; es ahí donde la socialización afecta fundamentalmente a nuestra pertenencia nacional y a nuestra vida cotidiana (Boyd, 2000, 261).

Tenemos entonces que pensar que los procesos de nacionalización cultural se relacionan con una serie de prácticas culturales de socialización-nacionalización que hacen posible el cambio político y que dan forma a nuestra experiencia de nación. Estas prácticas sociales funcionan como maquinarias culturales (Bourdieu 2005), prácticas que forman la nación en nosotros, que amoldan nuestro cuerpo a su realidad y que nos hacen susceptibles de entender sus lógicas, bailar a su ritmo. Porque, finalmente, ser un sujeto nacional tiene que ver con la identidad pero también con las prácticas culturales que hacemos individualmente y en grupo; tiene que ver con nuestras rutinas personales e institucionales, así como también con los tiempos, los lugares y las formas en que percibimos nuestros contextos como una realidad incuestionable. Para estudiar estos mecanismos tenemos que trabajar con una definición inclusiva de cultura, antropológica (Williams, 2000) y con una perspectiva teórica interpretativa, no positivista. Con estas dos ideas básicas, podemos ver que el estudio institucional del nacionalismo tiene sus limitaciones y que el estudio culturalista no puede quedarse en estudiar los textos, los símbolos o los rituales de la nación, hay que tener en cuenta las prácticas culturales (Quiroga and Archilés, 2013, 10). Por esta razón, centramos nuestras investigaciones en los aspectos políticos e históricos pero también en un amplio rango de prácticas que se encuentran relacionadas con la expansión y la reproducción de ciertas formas de nacionalismo.

Tomando en cuenta estas reflexiones, para nuestras investigaciones tenemos en cuenta tres niveles: la experiencia de nación (¿cómo vivimos la nación?), el nacionalismo cultural (¿cómo pensamos y reproducimos la nación?) y el nacionalismo político (¿cómo hacemos la nación?). Cada uno de estos tres aspectos nos obliga a pensar el problema desde diferentes perspectivas y con diferentes metodologías, unas más cercanas a la antropología, otras a la sociología y otras a las ciencias políticas. Tenemos que enriquecernos de la bibliografía existente desde cada una de estas ciencias, y ponerlas en relación, para completar los aspectos que no se han tenido en cuenta. Finalmente, de este tipo de estudios se pueden obtener conclusiones particulares (de qué modo ciertas prácticas culturales se han visto modificadas o potenciadas gracias a ciertos movimientos nacionalistas) y también generales (de qué modo las prácticas culturales colaboran y generan las condiciones de posibilidad del cambio político).

Reposicionando el papel de la sociedad civil y de la cultura popular

“La sociedad civil es importante siempre,
pero en nuestro caso, como tenemos poco poder,
la necesitamos más y no podemos ir bien si no es fuerte”.

Pujol, 2012, 112

Dentro de esta propuesta nos parece fundamental recuperar las instancias intermedias, la sociedad civil, y una expresión fundamental de aquello que nos define nacionalmente, la cultura popular y tradicional. Tenemos entonces que pensar en tres niveles (el Estado, los grupos y los sujetos) pero también en la marcación, el valor y el prestigio de las culturas en juego (la cultura española, la cultura catalana, los toros, las sardanas y los *castells*)¹. Esta ampliación del objeto de estudio, de lo concreto a lo general y de lo positivista a lo interpretativo, nos permitirá comprender en mayor profundidad los procesos de nacionalización, el diálogo entre cultura y política.

Es importante estudiar la sociedad civil porque de su colaboración depende el éxito o el fracaso del proyecto nacionalizador del Estado (Llobera, 1996, 178). ¿Por qué? Porque es realmente quien tiene el poder de hacer cotidiano un discurso abstracto (como el de la nación), de adaptarlo, de hacerlo real, concreto y necesario en el día a día. Pero a partir de esta idea general tenemos que hacer una diferencia entre la forma en que los nacionalismos con Estado y los sin Estado se relacionan con la sociedad

civil: los primeros se coordinan con ésta, son su eco, lo naturalizan; en cambio, los nacionalismos sin Estado se construyen dentro de la sociedad civil, cuestionan al Estado (y a sus nacionalismos) y buscan apropiárselo o crear instituciones propias. De este último caso podría ser ejemplo el catalanismo con, por ejemplo, la construcción de la Mancomunitat en 1914 o la recuperación de la Generalitat en 1981, pero también con la Asamblea Nacional Catalana u Òmnium Cultural (Dowling, 2013, 157). En los Estados sin disputas nacionales (el Estado uninacional no existe empíricamente), la sociedad civil reproduce la nación como una evidencia y se dedica a balancear y a completar su tarea; en cambio, en los Estados con disputas nacionales, la sociedad civil puede convertirse en uno de los actores centrales del conflicto².

La sociedad civil, en sus múltiples manifestaciones y formas, tiene la capacidad de reproducir ciertas prácticas culturales y de dotarlas de sentido, entre otros, nacional. Eso quiere decir que el poder de convocatoria de estas agrupaciones es igualmente el poder de acercar el mensaje, las emociones y las experiencias nacionales a amplios sectores de la sociedad. Esto también puede hacerlo la escuela, los medios de comunicación y los ejércitos como parte del Estado, pero de una forma diferente: el Estado es distante, centralizado, homogeneizador, frío, racional, obligatorio; la sociedad civil es cercana, de vecino a vecino, descentralizada, cotidiana, cálida, emocional, electiva (generalización válida únicamente en términos analíticos) (Giori, 2013, 813). Cuando hay una coherencia entre Estado y sociedad civil el mensaje se hace experiencia fácilmente, pero cuando hay incoherencias (el Estado propone una nación que la sociedad civil contesta) el mensaje llega cuestionado por una experiencia diferente, el sujeto duda y en la duda se inicia el cambio.

Como indica Joan Subirats, las organizaciones intermedias y las asociaciones cívicas ayudan a la estabilidad política, a la proposición y aceptación del cambio, a la socialización de los sujetos y a la construcción de grupos: “las asociaciones voluntarias se constituyen así como instrumentos para la integración política y social de individuos y grupos (generando sentimientos de pertenencia a la comunidad y contribuyendo a la cohesión social), al mismo tiempo que representan y acumulan ciertos recursos socioculturales necesarios para la movilización y la acción colectiva” (Subirats, 1999, 28). En el caso español, la sociedad civil que había sido cooptada por el Estado franquista dentro de los sindicatos verticales, fue poco a poco reconstruyéndose como una forma de lucha contra el régimen mismo. Luego, durante la Transición, ésta sufrió para transformarse de la resistencia antifranquista a la democracia cultural (Font i

Cardona, 1991, 51). Si hacemos una historia comparada de la sociedad civil podremos encontrar similitudes, pero también diferencias y divergencias en los intereses, tiempos y objetivos de aquella formada en España y en Cataluña, principalmente producto de la revolución industrial, el auge de la burguesía urbana y el nacionalismo (Pujol, 2012, 144). En Cataluña, “se había estado desarrollando, a través de asociaciones privadas, un sentido de identidad nacional a nivel cultural, que hacia finales de siglo se convirtió en una ideología nacionalista madura y experimentada, para más tarde constituir la base ideológica de un movimiento político de autodeterminación” (Llobera, 1996, 180).

El otro aspecto que destacamos para nuestro trabajo es, en general, la cultura marcada nacionalmente y, en particular, la cultura popular y tradicional. Podríamos definir la cultura nacional en sus dos vertientes: por un lado, es un producto, supuesto vehículo y signo de la nación, de sus ideas, de sus sentimientos y de sus experiencias (objetos, textos, obras de arte, arquitectura, etc.) y, por otro, es un proceso donde los sujetos se socializan y se nacionalizan, al mismo tiempo que aprenden la nación como la única cultura válida (socialización, prácticas culturales, sociedad civil). Dicho esto, la mayoría de los estudios sobre nacionalismo trabajan con una concepción reducida y textualista de la cultura, aquella que se queda en la cultura como producto; nosotros proponemos trabajar con una concepción antropológica que nos permita entenderla no solo como producto sino también como proceso (Guber, 2005), un proceso donde la socialización y la sociedad civil son fundamentales.

Decimos entonces que la cultura nacional y la cultura popular y tradicional son formas de rescatar el pasado, en ocasiones reinventándolo, que permiten la justificación del presente y una proyección de futuro (Hobsbawm y Ranger, 2002, 7). Son productos marcados nacionalmente que tienen una valoración positiva y prestigio sobre otros (el nacionalismo es fundamental a la hora de entender el consumo); y procesos que nos hacen sujetos nacionales vía las experiencias de nación (el nacionalismo es también fundamental para entender la socialización). Esta cultura nos da un contenido en común y nos inserta en procesos de socialización que nos cohesionan como grupo (no es lo mismo ir a ver toros a una plaza que bailar sardanas en una fiesta o hacer *castells* frente al ayuntamiento); la cultura nacional da forma y contenido a los sujetos nacionales (Giori, 2013, 818). Finalmente, la cultura está marcada nacionalmente cuando porta en sí, y reproduce, la distinción nacional, marcas que anuncian la diferencia frente a otras culturas y a otras naciones (una lengua, un formato, una experiencias específica, o la creencia de esa originalidad). La cultura es una de las principales herramientas del

nacionalismo para construir las supuestas particularidades nacionales que separan a las naciones, que son usadas por los políticos nacionalistas para pedir nuevos poderes pero que también son usadas como esquemas interpretativos por los sujetos: somos diferentes, pertenecemos a culturas y naciones diferentes y tenemos que tener Estados diferenciados³.

Cuando hablamos de cultura popular y tradicional catalana, no hablamos únicamente del pasado o de un proceso conservador, como dijo Joan Soler i Amigó: “La cultura popular y tradicional de hoy mira más hacia adelante que no hacia atrás, es la cultura popular y tradicional no solamente del cambio de siglo, sino del siglo del cambio” (Amigó, 2001, 14). Para modernizarse y también para catalanizarse, la cultura catalana ha estado siempre en ebullición y transformación (el ejemplo de la Festa de la Mercè de Barcelona y el Correfoc es claro). Además, esta transformación no ha sido azarosa sino organizada en base a tres congresos: el *Congrés de Cultura Catalana* en 1976-1977, el *I Congrés de Cultura Tradicional i Popular* en 1981-1982 y el *II Congrés de Cultura Popular i Tradicional* en 1995-1996. Esta organización modernizadora de la cultura catalana es lo que le ha permitido ser atractiva para las nuevas generaciones, al amoldarse a los nuevos tiempos, pero también construirse en una herramienta potente del nacionalismo cultural, una herramienta de socialización y de nacionalización. Esto quiere decir que gracias a estas prácticas, muchos sujetos se han acercado a la cultura catalana y se han hecho próximos a la nación que ella comporta.

Creemos que cuando existe una sociedad civil organizada, densa socialmente, representativa y con poder de incidencia, el nacionalismo tiene más herramientas y más posibilidades de lograr sus objetivos, tanto para cuestionar al Estado como para reproducirlo. Cuando existe una sociedad civil que media entre el Estado y los individuos (y el neoliberalismo lo sabe perfectamente) y cuando hay una cultura nacional fuerte y estimulante, las formas y las estrategias del nacionalismo cambian, las relaciones entre cultura y política son diferentes. Esta es la razón por la cual es fundamental estudiar la sociedad civil y la cultura popular, ambas estrechamente ligadas, como factores fundamentales de los procesos de construcción de la nación.

Propuestas de trabajo: política, sociedad civil, cultura popular y catalanismo

“A Cataluña le faltaba, disculpen, un me cago en todo
como el que profería a veces mi abuelo Soley
mientras trabajaba en el huerto
o preparaba los caballos en la *masia*”.
Pujol, 2010, 113

Ahora bien, ¿cómo estudiar el desarrollo y las alianzas entre la política, la sociedad civil, la cultura popular y el catalanismo durante el siglo XX? Indudablemente es más simple, más concreto y justificable el estudio de las instituciones políticas o de sus textos, tenemos un corpus de instituciones y de discursos claros que analizar; pero este tipo de estudios particularistas ya ha dado sus frutos, ahora hace falta recuperarlos y trabajarlos en conjunto para tener una idea general del proceso de nacionalización. Evidentemente los problemas metodológicos para estudiar la sociedad civil (unas instituciones efímeras y descentralizadas por definición), la cultura popular y tradicional (diversa, múltiple y cambiante) y el nacionalismo (desde una perspectiva cultural tanto como política) se multiplican, pero creemos que el cambio de perspectiva es fundamental para poder aportar nuevas ideas. La elección de los materiales a trabajar, qué instituciones, qué fuentes y qué prácticas, es un punto clave en la construcción de un proyecto de trabajo consistente; uno que sin dejar de preocuparse por las particularidades, y que haga un aporte significativo en relación con las fuentes, pueda también proponer reflexiones generales significativas. Propongo entonces trabajar en tres niveles, analizando sus trayectorias durante el siglo XX: las instancias políticas, las instancias de la sociedad civil y las prácticas culturales (todo dentro del proceso de nacionalización).

En relación con las instancias políticas trabajaré las instituciones del nacionalismo español, el gobierno del Estado, las de la comunidad autónoma, la Generalitat, y algunos ayuntamientos de muestra, así como también la Associació de Municipis per la Independència, fundada en 2011. Las instituciones, los partidos políticos y sus protagonistas, los políticos, conforman una red muy interesante, y bastante trabajada y que explica lo que las instituciones quieren que los sujetos hagan, algo muy diferente a lo que los sujetos hacen realmente. Trabajaré los nacionalismos entre España y Cataluña, con una extensa bibliografía, con Solidaritat Catalana, La

Mancomunitat de Catalunya, el ascenso de Primo de Rivera, los nacionalismos franquistas, el Franquismo, el antifranquismo, la transición y la democracia, entre PP y PSOE y entre CiU y los socialistas de Catalunya. Este nivel, el más amplio y general, es al mismo tiempo el más estudiado, por lo cual puede ser casi en su totalidad analizado con fuentes secundarias, libros de análisis y publicaciones internas.

El segundo aspecto, las instancias de la sociedad civil, comporta un problema agregado porque si bien se compone de instituciones, éstas son efímeras, descentralizadas y pequeñas, por lo que podemos hacer un mapeo general de organizaciones, aunque el trabajo exhaustivo, cualitativo, sería inabarcable. Trabajaré entonces con un mapeo y con una serie de trayectorias de instituciones seleccionadas como representativas en diferentes periodos, organizaciones que testimonian una forma de hacer del nacionalismo, sin intentar explicarlo todo. Lo que nos interesa, más allá de los casos particulares, es poder explicar la forma en que el nacionalismo, la sociedad civil, la cultura popular y el Estado colaboran o entran en pugna, en qué momentos, en qué lugares, por qué y con qué objetivos. Trabajaré para mi tesis doctoral con Òmnium Cultural (fundada en 1961), la Joventut Nacionalista de Catalunya (fundada en 1980) y la Assemblea Nacional Catalana (fundada en 2011), tanto con los archivos institucionales y publicaciones oficiales como con entrevistas a algunos de sus miembros.

El tercer eje de interés son las prácticas culturales, su ascenso y descenso en importancia y sus relaciones con los otros factores. Para esto tenemos un marco general de prácticas de socialización y una serie de recorridos específicos de ciertas prácticas relacionadas a una forma del nacionalismo. En relación con lo general, nos interesa comprender las formas históricas de socialización de la cultura catalana: el canto coral, el excursionismo, el Fútbol Club Barcelona, la Nova Canço y el Rock Català, la revitalización antifranquista y la construcción de lo catalán como valor agregado. Y en relación con lo particular, nos interesa hacer un seguimiento de los recorridos de: la tauromaquia en España y en Cataluña y su relación con el nacionalismo (la importancia de la Empresa Balañá y de la Federación de Entidades Taurinas de Cataluña), la sardana como danza nacional catalana a finales del siglo XX y como danza antifranquista hasta la caída del régimen (la Obra del Ballet Popular y la Federació Sardanista de Catalunya) y el *món casteller* en relación con el catalanismo democrático (importancia de la Coordinadora de Colles Castelleres). En este sentido, tomamos a estas tres prácticas, dentro de las múltiples posibles, porque las consideramos significativas de las

relaciones entre la política y la cultura: los toros y el franquismo, las sardanas y el catalanismo tradicional y los *castells* y el catalanismo moderno. Si hacemos un recorrido histórico podemos ver claramente que el ascenso o el descenso de un tipo de nacionalismo lleva aparejado el ascenso o descenso de las prácticas culturales que fomentan (Giori, 2014).

La idea principal es poder hacer un recorrido por el siglo XX, por sus instituciones, sus personajes y sus proyectos, relejendo la bibliografía existente y construyendo nuevas aportaciones (por ejemplo, sobre la Empresa Balañá o la Federació Sardanista, que aún no han sido estudiadas). En este sentido, la propuesta busca completar un arco temporal y temático extenso, haciendo aportaciones documentales y analíticas sobre relaciones, alianzas y coherencias. Sobre estos recorridos podremos entender las formas en que se construyó, y se sigue construyendo, la nacionalización política y cultural y las experiencias de nación. Como dijimos anteriormente, las relaciones no son directas sino indirectas, el nacionalismo cultural genera las condiciones de posibilidad del cambio político, el nacionalismo político apoya ciertas prácticas por su poder de nacionalización, cerrando un círculo de alianzas silenciosas.

Conclusiones

Como conclusión podemos decir que estamos en camino de resolver una serie de vacíos bibliográficos, así como metodológicos, que nos permitirán entender en mayor profundidad lo que ha sido el proyecto nacionalizar español y catalán durante el siglo XX. No solamente mi propuesta, sino la de una serie de investigadores españoles que están trabajando temas similares nos permitirán tener nuevas aportaciones sobre la nacionalización desde una perspectiva micro que no se está desarrollando en otras latitudes. A partir de aquí, podremos valorar con mayor claridad la relación existente entre el Estado, las instituciones sub-estatales, la sociedad civil y la cultura popular, lo que quiere decir entender la relación entre el nacionalismo cultural y político. Además, podremos poner en contexto los procesos de nacionalización, tanto desde arriba como desde abajo, y juzgar con mayor claridad la importancia de los procesos culturales, la sociedad civil, los procesos constructores de la experiencia de nación y la socialización, que nosotros consideramos fundamentales. Finalmente, podremos entender de qué modo ciertas prácticas culturales se han visto modificadas o potenciadas gracias a ciertos movimientos nacionalistas, que presuponían que en su expansión se propagaba

el nacionalismo mismo, y también de qué modo las prácticas culturales colaboran y generan las condiciones de posibilidad del cambio político.

Bibliografía

Albert BALCELLS: *Història del nacionalisme català: dels orígens al nostre temps*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1992.

Alejandro QUIROGA: “La nacionalización en España. Una propuesta teórica”, en *Ayer*, 90 (2013), pp. 17-38.

Alejandro QUIROGA y Ferrán ARCHILÉS: “Presentación”, en *Ayer*, 90 (2013), pp. 13-16.

Alejandro QUIROGA: “Les tres esferes. Cap a un model de la nacionalització a Espanya”, en *Segle XX*, 4 (2011), pp. 143-160.

Andrew DOWLING: *La reconstrucció nacional de Catalunya: 1939-2012*, Barcelona, Pasado & Presente, 2013.

Anne-Marie THIESSE: *La Création des identités nationales: Europe XVIIIe-XXe siècle*, París, Éditions du Seuil, 1999.

Benedict ANDERSON: *Comunitats imaginades: reflexions sobre l'origen i la propagació del nacionalisme*, Catarroja, Afers, 2005.

Carolyn BOYD: *Historia patria: política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975*, Barcelona, Pomares, 2000.

Daniele CONVERSI: “Nación, Estado y cultura: por una historia política y social de la homogeneización cultural”, en *Historia Contemporánea*, 45 (2012), pp. 437-481.

David MCCRONE: *The Sociology of Nationalism*, Londres, Routledge, 1998.

Eric HOBSBAWM y Terence RANGER (eds.): *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002.

Eric HOBSBAWM: *Naciones y Nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1998.

Eugen WEBER: *Peasants into Frenchmen: the modernization of rural France 1870-1914*, Stanford, Stanford University Press, 1976.

Fernando MOLINA APARICIO y Miguel CABO: “Donde da la vuelta el aire: reflexiones sobre la nacionalización en España”, en *Segle XX*, 4 (2011), pp. 131-142.

Fernando MOLINA APARICIO: “La nación desde abajo. Nacionalización, individuo e identidad nacional”, en *Ayer*, 90 (2013), pp. 39-63.

Ferrán ARCHILÉS y Marta GARCÍA CARRIÓN: “En la sombra del Estado. Esfera pública nacional y homogeneización cultural en la España de la restauración”, en *Historia Contemporánea*, 45 (2012), pp. 483-518.

Ferrán ARCHILÉS: “¿Experiencias de nación? Nacionalización e identidades en la España restauracionista”, en Javier MORENO LUZÓN: *Construir España: nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, CEPC, 2007. pp. 127-114.

Ferrán ARCHILÉS: “Lenguajes de nación. Las «experiencias de nación» y los procesos de nacionalización: propuestas para un debate”, en *Ayer*, 90 (2013), pp. 91-152.

Ismael SAZ: *España contra España: los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

Joan SUBIRATS: “Sociedad civil y capital social”, en VVAA: *La societat civil i els nacionalismes: 2a Jornada de reflexió i debat sobre la societat civil*, Barcelona, EPSA, 1999.

Joan SOLER i AMIGÓ: *Cultura popular tradicional*, Barcelona, Pòrtic, 2001.

Joan-Lluís MARFANY: *La cultura del catalanisme. El nacionalisme català en els seus inicis*, Barcelona, Empúries, 1996.

Jordi FONT i CARDONA: *Papers de política cultural*, Barcelona, Edicions 62, 1991.

Jordi PUJOL: *Memòries: de la bonança a un repte nou (1993-2011)*, Barcelona, Proa, 2012.

Íd.: *Memòries: història d'una convicció (1930-1980)*, Barcelona, Proa, 2010.

Íd.: *Memòries: temps de construir (1980-1993)*, Barcelona, Proa, 2012.

Josep LLOBERA: *El Dios de la modernidad: el desarrollo del nacionalismo en Europa occidental*, Barcelona, Anagrama, 1996.

Michael BILLIG: *Nacionalisme banal*, Valencia, Universitat de Valencia, 2006.

Montserrat GUIBERNAU: *Catalan nationalism: Francoism, transition and democracy*, Londres, Routledge, 2004.

Pablo GIORI: *Hacer castells, construir nació. Castells, modelo festivo y catalanismo*, Girona, 2012. Tesis de Máster, Universitat de Girona. Disponible en: <http://dugi-doc.udg.edu/handle/10256/5861>

Pablo GIORI: “Catalanisme cultural: reptes i possibilitats de construir una nació en democràcia”, en *Afers*, 76 (2013), pp. 807-824.

Pablo GIORI: “Castells, sardanes i toros. Les disputes culturals dels nacionalismes durant el franquisme”, en *Segle XX*, 7 (2014), en prensa.

Paola LO CASCIO: *Nacionalisme i autogovern: Catalunya, 1980-2003*, Catarroja, en *Afers*, 2008.

Pierre BOURDIEU y Loïc WACQUANT: *Una invitación a la sociología reflexiva*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

Ramón LÓPEZ FACAL y Miguel CABO (eds.): *De la idea a la identidad: estudios sobre nacionalismos y procesos de nacionalización: estudios en homenaje a Justo Beramendi*, Granada, Comares, 2012.

Raymond WILLIAMS: *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 2000.

Rosana GUBER: *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*, Buenos Aires, Paidós, 2005.

Serge GRUZINSKI: *El pensamiento mestizo*, Paidós, Barcelona, 2000.

Will KYMLICKA: *La Política vernácula: nacionalismo, multiculturalismo y ciudadanía*, Barcelona, Paidós, 2003.

Xosé Manuel NÚNEZ SEIXAS: “Nation-building, naciones fuertes y nacionalismo débiles. Algunas reflexiones a vuelapluma”, en Teresa CARNERO y Ferrán ARCHILÉS (eds.): *Europa, Espanya, País Valencià: nacionalisme i democràcia: passat i futur*, València, Universitat de Valencia, 2007, pp. 85-98.

Xosé Manuel NÚNEZ SEIXAS: *Los Nacionalismos en la España contemporánea: siglos XIX y XX*, Barcelona, Hipótesis, 1999.

*Esta investigación recibe el soporte de una beca FPU del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte (MECD) del Gobierno de España. El investigador pertenece al proyecto de investigación: HAR2012-35322.

¹Ver Pablo GIORI: “Castells, sardanes i toros. Les disputes culturals dels nacionalismes durant el franquisme”, en *Segle XX*, 7 (2014), en prensa.

²Creo que la falta de esta distinción entre tipos de Estados con disputas nacionales y Estados sin disputas nacionales es lo que ha opacado el papel de la sociedad civil en las teorías que analizan el nacionalismo.

³Actualmente sólo la diferencia cultural, la nación, puede justificar la construcción de un Estado independiente, lo que no quiere decir que en el futuro no puedan existir nacionalismos que no se fundamenten en las diferencias culturales. El caso escocés, que fundamentaba sus demandas principalmente en formas de gobierno diferenciadas, neoliberalismo contra Estado de bienestar, daba por supuesta la nación diferenciada también como justificación del proyecto de construcción de un nuevo Estado.